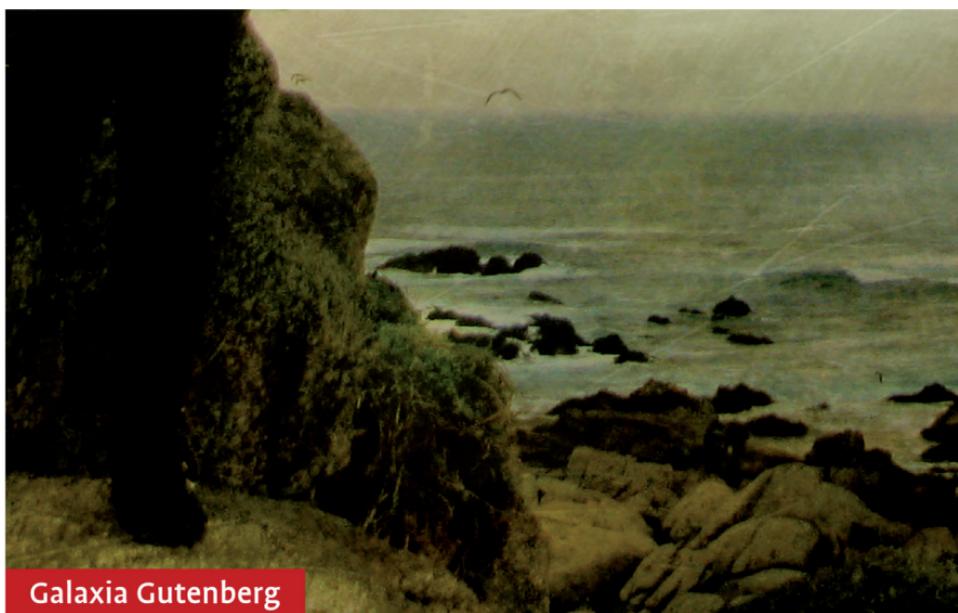




Pascal Quignard

Las solidaridades misteriosas

Traducción del francés de Ignacio Vidal-Folch



Galaxia Gutenberg

PASCAL QUIGNARD

Las solidaridades misteriosas

Traducción de
Ignacio Vidal-Folch

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Les solidarités mystérieuses*
Traducción del francés: Ignacio Vidal-Folch

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2012
Segunda edición: junio de 2021

© Editions Gallimard, 2011
© de la traducción: Ignacio Vidal-Folch, 2012
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2012

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 207-2021
ISBN: 978-84-18526-93-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

I

Claire

I

Donde él vaya, yo iré.
Donde él viva, me quedaré.
Donde él muera, seré enterrada.

Libro de Ruth

Mireille Methuen se casó en Dinard el sábado 3 de febrero de 2007. Claire fue allí el viernes. Paul no quiso acompañarla. No conservaba ningún vínculo con lo que quedaba de la familia. Hacia las once, Claire sintió apetito. Estaba siguiendo el río Avre. Prefirió dejar atrás Breux, Tillières, Verneuil. A la salida de Verneuil, se detuvo a comer en un área arenosa y vacía.

Era el bosque de L'Aigle.

Atraviesa el *parking* en dirección a una mesita de hierro posada ante un chalet alpino. En la mesita habían colocado una maceta con *forsythias* amarillas. Ante la maceta de *forsythias* está el menú del día, escrito con tiza en una pizarra. Examina el menú.

Un hombre de unos cincuenta años sale tímidamente del albergue. Lleva un delantal a grandes cuadros rojos y blancos.

—Señor, ¿puedo comer ahí, al sol?

Claire señala la mesita de hierro en el exterior.

—¿Pero se da cuenta de que aún no es mediodía?

—¿Le causa un problema cocinar ahora mismo?

—No.

—Entonces me gustaría instalarme ahí, en ese rayo de sol, aunque aún no sea mediodía.

El hombre parece algo remiso. No responde. Se comporta de forma extraña. Examina a Claire atentamente. Ésta se le acerca, le toma del brazo, casi le dobla en altura.

–Estoy hablando con usted, le estoy preguntando si puedo sentarme ahí, al sol.

–¿Ahí?

–Sí, ahí, donde da el sol.

El posadero alza sus ojos azules hacia ella.

–Señor, quisiera comer algo, aunque sólo sea una ensalada, ahí, a pleno sol, a las once, en pleno mes de febrero

–repite ella.

Silencio.

–Señor, me parece que debería usted responderme.

Entonces el posadero se adelanta, retira el letrero, la pizarra donde figura el menú del día, y el tiesto de las *for-sythias*.

Lo lleva todo al chalet.

Regresa con una esponja.

Limpia lentamente la mesa.

Al limpiarla, se nota que la mesa está coja.

El posadero se arrodilla. Las raíces han levantado la tierra. Desliza un guijarro bajo una de las patas de la mesa.

Aún con la rodilla en tierra, enarcando las cejas, alza la vista hacia Claire y dice, en tono tranquilo:

–Estaba indeciso, señorita, porque hay un autillo.

Señala con el dedo hacia la copa del árbol.

Los dos al mismo tiempo alzan la mirada.

El aire es ligero y azul.

El roble parece desnudo, pese a que los rayos de sol acarician sus hojitas tiernas.

–Supongo que a estas horas el autillo estará dormido
–dice Claire.

–¿Usted cree?

Claire asiente.

–¿De verdad lo cree?

El posadero, aún con una rodilla en tierra y los brazos cruzados sobre la otra, la observa en silencio.

–Estoy segura –dice Claire.

Coge la silla, se sienta ante la mesita, y se echa, suavemente, a llorar.

La cita en la alcaldía es a las diez y media.

Claire ha tomado el desayuno lo más temprano posible (en cuanto la patrona del hotel ha ido a buscar el pan a la panadería), a las siete y cuarto.

A las nueve, va al mercado.

Deambula.

Contempla una cestita de fresas perfectamente fuera de temporada. No resiste las ganas de tomar una fresa, métersela en la boca, sentir su perfume.

Cierra los ojos. La paladea.

Estaba saboreando una fresa bastante insípida, cuando oyó una voz que le afectó de forma indescriptible. Sintió que el interior de su cuerpo se dilataba, sin entender muy bien qué le pasaba.

Abrió los ojos. Se dio la vuelta.

Un poco más lejos, a la izquierda, una vendedora de verdura ecológica sostenía una animada conversación con una señora de edad avanzada.

Se acercó lentamente.

Las verduras expuestas a la venta en aquel puesto no tenían un aspecto magnífico: su apariencia era penosa; el volumen, informe; la piel estaba llena de tierra.

La voz procedía de una dama pequeñita que estaba ante ellos.

Llevaba un delantal blanco y –por encima– un pañuelo con un motivo rosa de florecillas sobre fondo negro, demasiado pequeño para la masa de su cabello. La se-

ñora vieja estaba preguntando cómo estaban los puerros.

A Claire le gustaba su voz, que oía a diez pasos de distancia.

Adoraba aquella voz.

Buscaba el nombre que darle a aquel timbre tan claro, a aquella especie de oleaje de frases rítmicas que la atraían. La voz ascendía de las lechugas romanas y de las remolachas negras. La voz pidió, bruscamente, con autoridad, un manojo de rábanos. Luego la voz pidió unas acelgas, y entonces los ojos de Claire Methuen ya se llenaron de lágrimas. No llegó a llorar, pero con la vista empañada vio, sin extrañarse, la mano y el anillo, que surgían por encima de las grandes hojas oscuras de los ramos de espinacas, para alcanzar la bolsa deslucida, de papel reciclado, que le tendía la vendedora.

Claire empujaba a la gente que hacía cola.

Los que formaban la cola se pusieron a murmurar y a refunfuñar.

–Señora Ladon –murmuró Claire, muy bajito.

Nada. La anciana no se volvió.

Repitió más fuerte:

–¡Señora Ladon!

Vio que la espalda de la anciana se contraía y su rostro se volvía lentamente hacia ella. La anciana tenía ojos castaños y gafas doradas. Alzó la mirada hacia el rostro de Claire y pareció muy intimidada al encontrarse ante aquella joven tan grande, tan alta, el doble de alta que ella, que la llamaba por su nombre. La señora Ladon no reconoció de inmediato a Claire. Estaba observándola cuando un señor, cubierto con un sombrero suizo, exigió a Claire que se pusiera al final de la cola.

–Señora Ladon –repitió Claire.

Claire tomó la bolsa de la compra de manos de la vie-

ja. La dejó en el suelo. Le tomó la mano, le acarició los dedos, tan bellos, tan transparentes, tan articulados, tan apergaminados. Los acarició de uno en uno, como solía hacer tiempo atrás. La mirada de la anciana se había endulzado. Tenía el cabello muy fino y blanco, un poco azul. Algunos mechones blancos flotaban sueltos alrededor de la cara.

–No me lo puedo creer. ¿Eres la niña de los Methuen?

Entonces se apartaron en silencio de la cola y del mostrador.

–¿Has vuelto?

–Usted también, señora, ha vuelto a Bretaña. ¿Ha vuelto a Saint-Énogat?¹ –preguntó Claire.

–Exactamente.

La tendera estaba tan emocionada como parecían estarlo las dos mujeres –era una tendera muy comprensiva. Depositó junto a la balanza la segunda bolsa de papel reciclado de la que asomaban los puerros. Los rábanos eran tan pequeños como grosellas y eran mucho más pálidos.

–Eres la hermana mayor de Marie-Hélène –dijo la señora Ladon con dulzura.

Claire asintió. No era capaz de decir nada. Se le cerraba la garganta.

–¿Y el pequeñín?

–Paul está en París.

–Tengo que acabar las compras, pero prométeme que antes de irte vendrás a verme a casa sin falta.

–¿Cuándo?

–Ven a verme, a Saint-Énogat, esta tarde después de comer.

–Esta tarde no puedo, es la boda de Mireille.

–¿La hija de Philippe Methuen se casa?

–Sí, hoy se casa Mireille, pero mañana aún estaré aquí.

1. Saint-Énogat, barrio occidental del municipio de Dinard.

–Entonces mañana domingo. Después de misa, cuando quieras.

–¿En la misma casa de siempre?

–En la misma.

Ya era de noche. Claire había bebido demasiado vino durante el banquete de boda. En la habitación de hotel, con el mapa de la ciudad desplegado sobre la cama, verificaba cómo ir en coche, a partir del hotel de Dinard, a casa de la señora Ladon, en Saint-Énogat. Luego se durmió.

A las nueve, tomó el desayuno en el cuarto.

Desplazó el sillón hasta la ventana.

Encendió un cigarrillo. Buscó en el listín telefónico del hotel abierto sobre las rodillas los nombres de su infancia. Encontró el nombre de Évelyne. Los timbrazos resonaron en el vacío. Ella no estaba en casa. No había contestador.

No encontró el nombre de Simon Quelen.

Encontró el nombre de Fabienne Les Beaussais.

Fabienne respondió a la primera.

–Soy Claire. Claire Methuen. ¿Te acuerdas de mí?

–Estás loca. Es domingo.

–¿Te acuerdas de mí, de Claire Methuen?

–Sí, claro, claro que me acuerdo.

–¿Te he despertado?

–Sí.

–¿Estás sola?

–Sí.

–Entonces ven a desayunar conmigo.

Quedaron en el café del puerto, La Barque de Festivus, frente al transbordador a las islas.

Fabienne dejó la bici de Correos en la acera, cerca de la mesa donde Claire estaba ya sentada con una taza de café.

Claire se incorporó pero no llegaron a besarse. Se rozaron las mejillas con los labios. A continuación Fabienne llevó una silla a la acera y se sentó a su lado.

—¿A que te rompe los esquemas? Tu mejor amiga es cartera.

—¿Por qué dices eso, Fabienne?

—¿Acaso cuando eras niña tú soñabas con ser cartera?

—No, no es que soñase con eso, pero está muy bien.

—¿Y tú?

—Otro café. Dos cafés más, por favor. ¿Quieres un *croissant*? Yo, sigo traduciendo.

—¿Cuántos idiomas dominas? ¿Hablabas diez? ¿Hablabas veinte?

Claire se encogió de hombros.

—Pues yo pensaba que te harías pianista.

—Ayer vi a la señora Ladon.

—Me lo dijo cuando pasé por su casa.

—¿La ves a menudo?

—¿Y cómo no la voy a ver? Cada día le llevo el correo y el periódico. ¿Qué tienes? ¿Te has hecho daño?

Fabienne adelantó la mano para tocar la herida que Claire tenía en la mejilla.

—Es el viento.

Durante media hora hablaron de todo, de nada, guardaron silencio, se miraban, la marea bajaba, los barcos se inclinaban, el viento olía a cieno.

—Tengo que irme —dijo Fabienne. No puedo invitarte. Mi amigo viene a comer.

Se levantaron. Caminaron por el muelle, Fabienne empujaba la bici de Correos por el muelle.

—¿Fabienne?

—Sí.

El murete estaba demasiado mellado y húmedo para poder poner la mano en él.

Claire le preguntó a Fabienne:

—¿Simon sigue aquí?

—Sí.

—En el listín no le he encontrado.

—Claro. Es que se ha instalado en La Clarté. La farma-

cia de sus padres la ha realquilado, y él gestiona la pequeña farmacia del puerto de La Clarté. Ahora es el alcalde del pueblo.

Fabienne añadió:

–Su hijo está enfermo. Él, su mujer y su hijo viven en Saint-Lunaire.

–¿Gwenaëlle?

–Sí, ella. Es lógico, ¿no?

–Es lógico.

Se habían detenido ante el pórtico de la playa de Dinard.

Las dos tenían la mirada puesta en la vieja rampa de madera, pero no la veían.

Las dos creían estar hablando, pero ya no se hablaban.

Fabienne montó en su bici.

Claire miraba en silencio el aire vacío y blanco sobre el mar.

Se despertó bruscamente. Estaba en la playa, recostada sobre una roca. Una niña le daba golpecitos en la pierna.

–¡Mira!

La niña acercó mucho su cara a la cara de Claire, que había vuelto a quedarse dormida.

–¡Pero mira!

Entonces abrió las manitas, de las que surgió un pequeño cangrejo pálido, todo translúcido, que inmediatamente se ocultó entre sus dedos minúsculos. Cayó a la arena. Trató de enterrarse en ella. Corrió en diagonal por los surcos de arena.

La niña, a cuatro patas, logró recogerlo y ponérselo en la palma de la mano.

–Hago una fábrica de cangrejos. ¡Mira! Allí, llega el agua –dijo la pequeña volviendo la cabeza hacia Claire, mientras con el brazo le mostraba el espigón donde había instalado su fábrica.

—¡Te has vuelto a dormir!
Le pequeña daba golpecitos a Claire.
—¿Por qué tienes los ojos tan negros?

Escaló las rocas, una por una. Caminaba por la landa, sobre musgos, entre brezos y retamas. Volvía a los lugares de su infancia. Reconocía los bloques de granito, los matorrales, los senderos, los viejos muros, las escalinatas escarpadas, el mar, el estruendo del mar. Los volvía a descubrir con impaciencia.

Para llegar a La Clarté, si se viene de Dinard por el sendero de los aduaneros, hay que pasar por Port-Salut, Port-Riou y Saint-Énogat, pasar junto al nuevo centro de talasoterapia, subir hasta la cima de la colina.

Después del promontorio de la Roche-Pelée, hay que seguir subiendo por un camino bastante empinado hasta alcanzar la meseta.

A partir de ahí, es más salvaje. Es la landa. En el extremo de la meseta se encuentran las Piedras Tumbadas, junto a las que se alza la capilla de Notre-Dame de La Clarté. Para cruzar la landa y el yermo hay dos horas de camino. Si uno vuelve a descender, justo antes de llegar a Plage-Blanche, y se asoma, verá el precipicio que cae a pico hasta el mar, pero no puede ver el puerto, porque está tan en vertical respecto a la capilla que no se distingue.

El puerto sólo puede verse desde el mar.

E incluso desde el mar, el pueblo de La Clarté, pegado al acantilado, no se distingue bien.

Se ve un poco la ropa tendida al viento.

Se ven las antenas parabólicas de televisión.

Sólo si uno las conoce puede adivinar las casas antiguas, graníticas, negras, dispuestas en terrazas, en parte hundidas en el acantilado, escoltadas por las escalinatas

excavadas en el granito, oscuras, poderosas, con escalones altos e innumerables.

En lo alto del acantilado, quieta, de cara al viento y al cielo, vuelve a ser feliz.

Oye el mar, allá abajo.

Cierra los ojos.

Entonces, poco a poco, muy lejos, en las recámaras profundas de su memoria, oye el lavamanos de porcelana que volcaba agua ruidosamente en la jofaina de loza del dormitorio de su tía.

El cubo de agua que llenaban en el fregadero, retirando el pedazo de madera que bloqueaba la manguera de goma negra que venía de la cisterna, situada encima del techo de la granja.

El ruido de su tía Guite, Marguerite Methuen, la cuñada de su padre, que sujetando el molinillo de café entre las piernas molía los granos crujientes. Luego fue el ruido del hacha en la leñera para hacer leña pequeña, y el ruido de la podadera cortando las aulagas. Sus primos eran mucho mayores que ella. Iban por el río a cortarlas y atarlas en gavillas. El mayor de los primos, Philippe Methuen, era el padre de Mireille. Él se hizo cargo de la granja. Ella, de niña, les observaba formar las gavillas. Siempre la mantenían al margen de sus tareas. Ella les observaba con mucha curiosidad. Ya trabajaban en la granja. No la soportaban porque ella era brillante en los estudios, porque era una niña, porque su madre siempre la protegía. Paul, su hermano pequeño, estaba interno en Pontorson. Sólo se le veía en las vacaciones de verano. Sólo entonces había que soportar sus lloriqueos, durante el mes de agosto.

Ahora oye otro ruido que suena en su interior; está perforando conchas; perfora centenares de conchas; luego les

pasa un hilo rojo; con los caracoles hacía cascabeles. Con unas tijeras recortaba envases de cartón de agua y de cerveza que luego pegaba con cola de harina. Fabricaba casas para los caracoles, para los saltamontes, para las ranas, para las orugas.

Miraba con una especie de exaltación incesante cómo las orugas se transformaban en mariposas.

Finalmente percibió, en un relámpago, al fondo de su memoria, a ocho vacas sucias en el camión rojo bajo la lluvia, lavadas por la lluvia; ocho vacas relucientes de lluvia; y también un coche con el motor quemado, ahogado en la lluvia, un coche empotrado en el antepecho del acantilado.

A los mirlos caídos les construía nidos y les preparaba banquetes a base de miga de pan y leche, con la esperanza de salvarles.